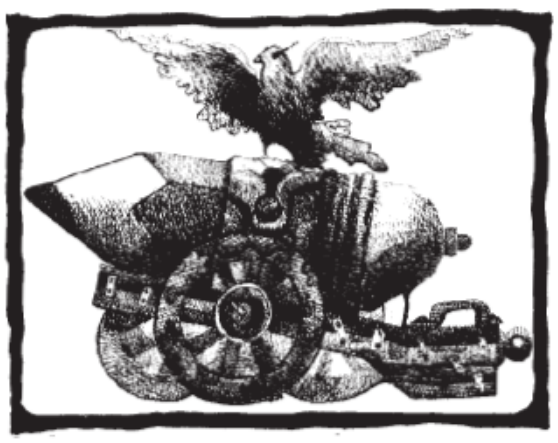
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

NÚMERO

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

57

Noviembre/
Diciembre

1998

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

La actividad polítco-cultural de Omar Dengo (1908-1914). Gerardo Morales



Omar Dengo (1888-1928) es una de las figuras más importantes de la cultura costarricense de la primera mitad del siglo XX. Su labor pedagógica y de promoción cultural, además de su posición política lo convierte en uno de los tres o cuatro grandes guías culturales cuya influencia llega hasta nuestros días. En este mes de noviembre se cumplen 70 años de su desaparición, ocasión que el suplemento cultural aprovecha para presentar un trabajo de Gerardo Morales, quien ha estudiado durante varios años el pensamiento de Omar Dengo, y un poema publicado en conmemoración de la muerte del maestro en 1932.

Entre 1908 y 1914 Omar Dengo destaca en el movimiento intelectual del país. Con otros intelectuales participa en actividades político-culturales orientadas a regenerar la sociedad, la pasión de la hora.

En 1908 publica sus primeros artículos en la prensa del país y figura en empresas político-culturales relevantes. En dicho año, su proyecto creador apenas se esboza; pero se escribe ya en los límites de la sociedad dominante. En los artículos que publica señala ya las virtudes y bondades de la sociedad costarricense pero, especialmente, sus vicios y limitaciones. Es patente que su posición se articula "desde, abajo" y no desde el poder.

En La Información, y en otros periódicos de la época, expresa un profundo desacuerdo con la sociedad vigente y, en concreto, con la forma tradicional se abordan los problemas sociopolíticos de la colectividad. La necesidad de una prensa independiente, que trate sobre asuntos políticos-culturales y acoja planteamientos críticos contestatarios, lleva a Omar Dengo, en compañía de otros intelectuales, a fundar el periódico Sanción, del cual es su director. Este periódico tiene como propósito combatir los vicios de los diversos sectores de la sociedad, sobre todo de la oligarquía en el poder. En sanción pública artículos que lo

ubican como exponente del "regeneracionismo social" en función de "la degeneración de nuestra naturaleza" que observa. En esta perspectiva, Dengo se hace eco de las ideas contestarias de otros intelectuales costarricenses de la época: Rubén Coto, José María Zeledón, Roberto valladares y Víctor Manuel Salazar entre otros.

El lugar que ocupa Omar Dengo dentro de la nueva intelectualidad es relevante. Amigo de José María Zeledón y Joaquín García Monge, hace del periódico en cuestión el portavoz de las ideas redencionistas y regeneracionistas de esta nueva intelectualidad.

En 1908 el joven intelectual participa de lleno en movimientos político-electorales. En esta contienda, la nueva intelectualidad lucha por forjar una sociedad donde el que trabaje y el que piensa tenga el lugar que le corresponde. Concuerda también con el pensamiento de uno de los candidatos, Ricardo Jiménez, que ataca a los ricos y se declara enemigo de las compañías extranjeras, de la United Fruit Company en particular. Aunque por esos años, sectores importantes de la nueva intelectualidad se muestran escépticos hacia la política, la figura del caudillo y su prédica antioligárquica y contestataria les atrae. Para ofrecer un apoyo más orgánico, junto a José María Zeledón y otros intelectuales fundan el club político "Club La Vanguardia" aunque, como se muestra en las bases del club, mantienen una independencia ideológica y distancia frente al eventual gobierno que Jiménez pudiera estructurar en le futuro. Estas denotan el interés de la nueva intelectualidad de mantener autonomía e independencia frente a partidos políticos y su compromiso con la cultura a través de la enseñanza. Los sectores más conservadores del Partido Republicano, que postula a Jiménez no ven, sin embargo, con agrado el apoyo, por lo que el "Club La Vanguardia "se disuelve. De aquí derivará la distinción que, en adelante, Omar Dengo hará de una política mayor y una política menor. Para la nueva intelectualidad la experiencia los enfrentan con la verdadera naturaleza de la sociedad oligárquica.

La actividad política de Omar Dengo se combina durante los años 1908-1910 con la publicación de importantes artículos de corte contestario; en uno de ellos se declara perteneciente a "la hermandad de los desposeídos"; aparece en su discurso el tema de la miseria, que asocia con la riqueza y con la injusticia social y, en una serie de artículos que aparecen durante el año 1910, analiza la vida del mendigo, del huérfano y del anciano y reafirma su ideal contestatario y su compromiso con los sectores más desprotegidos de la sociedad.

A la experiencia política en el "Club La Vanguardia", le sigue poco tiempo después de disuelto dicho club, la de editar, junto con Víctor Manuel Obregón, un semanario de carácter político bajo el nombre de El Rayo. El primer número de este semanario aparece el 23 de abril y el último el 13 de agosto de 1909. La crítica que hace desde este periódico a la política del presidente Rafael Iglesias, y del clero que lo apoyaba le vale, el 15 de agosto de 1909, la excomunión.

Su actividad política y cultural se acentúa entre 1910 y 1913. En estos años su sensibilidad social se agudiza y participa más activamente en movimientos contestatarios. En 1910 es el director del periódico Cultura. En este periódico se defiende la causa obrera y se atiende la cuestión social. En Cultura Omar Dengo se preocupa por incorporar trabajos relacionados con el sufragio y, en especial, con el voto directo. Este interés es de gran relevancia para la época, por cuanto predomina aún el voto censitario, lo que excluya de la gestión política a una gran masa de costarricenses, lo cual refuerza el carácter cerrado de la sociedad oligárquica.

El año de 1911 es importante en su vida, este año se titula de Bachiller en Leyes (pasante de abogado) y trabaja en uno de los juzgados de San José. En su trabajo se relaciona directamente con el problema social, pues tiene que atender casos de delincuencia juvenil e infantil. Durante este año publica muchos de sus artículos en Renovación y en Hoja Obrera, En renovación aparece su importante artículo "Los Soldados ", donde denuncia, además del militarismo, la forma en que se enajena el campesino pobre una vez llegado a la ciudad.

Entre 1912 y 1914 Omar Dengo define plenamente su posición con respecto a las clases trabajadoras y del imperialismo. En 1912 llega al país Manuel Ugarte y Omar Dengo lo atiende. Al calor de la prédica de Ugarte se funda el Centro de Estudios Sociales "Germinal". Entre los intelectuales que fundan este centro, además Omar Dengo, se encuentran Joaquín García Monge, Carme Lyra y el dirigente obrero Juan Rafael Pérez.

Acerca de los principios que guía a este centro escribe lo siguiente: "El Centro Germinal fue fundado de acuerdo con un importante movimiento internacional de propaganda por la cultura del proletariado que responde, a su vez, a la inconmovible convicción filosófica que consagra la cultura, es su más amplia forma, como base indispensable de toda labor emancipadora, ya sea individual o colectiva. Su lema viene a condensarse (…) en la difusión de la cultura sociológica entre los obreros del país, como medio de combatir los perjuicios sociales, religiosos y políticos que retardan la evolución del proletariado o la anormalizan". Este centro establece cursos libres de ciencias sociales, conferencias y sesiones públicas y organiza una biblioteca. En 1913, bajo su dirección, se organiza la Confederación General de Trabajadores. Según el investigador Mario Oliva, el "Centro Germinal tenía las típicas características de las agrupaciones anarquistas, en su local estaba izada la bandera roja y negro (…) en sus salas se colgaban los retratos de Emilio Zolá y Eliseo Reclus". Según la educadora Emma Gamboa, en el Centro Germinal, Omar Dengo "Se inicia como maestro: ahí dicta conferencias de tema social y ofrece lecciones sobre historia de la filosofía".

En el Centro Germinal tuvo bajo su responsabilidad la organización del primer 1° de Mayo celebrado en el país. Su actividad política deja ver su profunda inconformidad con la sociedad y cultura vigentes. Y procura fundamentar los principios de una nueva sociedad y una nueva cultura. Este cometido es el de otros jóvenes intelectuales de la época, para quienes la sociedad oligárquica, tal y como estaba diseñada, no ofrecía a la mayoría de la población una verdadera democracia, en su sentido político, social, económico y cultural.

Omar Dengo. Elegía

¡Rompan las plañideras las cántaras del llanto:
den todas las campanas su más profunda voz…
La noche ponga el gajo sombrío de su manto
y todo esté en silencio, porque hoy ha muerto un dios!

Un dios por lo que había de luz sobre su frente,
un dios por lo que había en su serenidad,
por su sonrisa honda, por su actitud valiente
de ser grande y ser noble dentro de su humildad.

Omar hizo el milagro de alcanzar en la vida
con el esfuerzo propio la mayor perfección:
la virtud, la cultura, esas fueron su égida
y el carácter invicto fue su mejor blasón.

Pero fue tal su ensueño, tanta fue su pureza,
tan sutil el aliento que animó su emoción,
fue tan alta la idea que alumbró en su cabeza
y tan celeste el ritmo que hubo en su corazón.

Había tanto espíritu entre su carne: había
tanto Dios adentro de su cuerpo mortal,
que al fin, hombre deifico, rompió la carne un día
y fue, rumbo a los cielos, a vivir su Ideal.

¡Cuando reencarne un día
y esté sobre la tierra nuestro querido Omar,
con qué inmensa alegría
va a ver que la obra suya pudo fructificar!

¡Mañana ha de volvernos, como las primaveras,
ungido de lo alto para darnos Su voz…
y habrá un renuevo en todas las viejas sementeras

y no se irá nunca Omar, el joven dios!

Rogelio Sotela
18 de noviembre de 1930

las naciones latinoamericanas se fundan sobre ases literarias (es el caso de la Argentina de Sarmiento y del México de Vasconcelos, por ejemplo) y se expresan metafóricamente -en su idealidad utópica- en la literatura, como ocurre en la María de Jorge Isaac, imagen lánguida y sensual (valga el verso de Agustín Lara) de la Colombia decimonona de su autor. ¿Pero por qué desaparece esta literatura o, mejor dicho, por qué la literatura deja de cumplir estas funciones fundacionales? Bueno, pues porque la letra y la cultura de entrada dejan de ser el vehículo de comunicación y cohesión social por excelencia al ser desplazadas en esta función por los medios audiovisuales masivos. Este hecho implica también, automáticamente, un desplazamiento violento de la función del escritor en la sociedad. Y es así que de ser un conductor de pueblos, un fundador de naciones y un orientador de masas, el escritor pasa a ser una pieza más en vastísimos engranajes de confección de discursos masivos, y se convierte en guionista de telenovelas y documentales, en columnista, reseñador, comentarista político, y en novelista o teatrista de entretención, escribiendo con la esperanza de que la industria cinematográfica se fije algún día en sus historias. Así, con la desaparición de la literatura como ejercicio fundacional o transformacional de naciones e imagínanos nacionales, desaparece también el escritor como demiurgo, y su mitología se hace pedazos contra los invisibles muros del relativismo posmoderno.

En este panorama, resultan hoy más cómicas que nunca ciertas aseveraciones que intentan mitificar al escritor de un país como el mío, al afirmar que escribir en Guatemala es un acto subversivo o que ser escritor en este país es un riesgo en sí mismo. Esto nunca fue cierto porque la literatura y, en general, lo letrado no constituyeron jamás un peligro en nuestro medio en vista de que en un país de analfabetos reales y funcionales, la censura de la libre emisión del pensamiento afectaba principalmente a una minoría sin influencia en las masas, por todo lo cual lo que escribían los escritores constituía un producto marginal realizado por seres del todo marginales. Por eso es que a los escritores que los regímenes represivos asesinaron, los asesinaron por guerrilleros, y no por escritores. Es el caso de Otto René Castillo, Roberto Obregón, José María López Valdizón, Oscar Arturo Palencia, Luis de Lión y muchos otros. De modo que dejémonos de mitologizaciones. Es decir, de poses melodramáticas. Además, esta versión conmiseradamente heroica del escritor no es cierta tampoco ahora, cuando la palabra tiene ya un peso ideológico específico al menos en las páginas de opinión de los diarios, ya que el juego político actual arranca precisamente del respeto a la libre emisión del pensamiento, y no creo que hoy por hoy exista censura periodística en Guatemala, al menos sistemáticamente. Que siguen existiendo tabúes, por supuesto. Para algunos, es tabú cuestionar a la familia, el matrimonio o la Iglesia como instituciones; para otros, es tabú cuestionar a la izquierda oficial; para otros, no se puede hablar de los indios ni mucho menos de los mayas, especialmente si uno es ladino y carece (como afirman los mayas) de cosmovisión. Tabúes hay todavía, claro, pero los hay en todas partes y en todos los sectores, y tienen que ver con la eclosión de los esencialismos y los fundamentalismos de toda laya.

El mito del escritor y el escritor como mito, pues, se acabaron. Y con eso se acabó la función fundacional de la literatura canónica (o solemne), incluso en sus versiones vanguardistas. Aparentemente, también el peligro de quedarnos sin escritores pasó. Lo irónico es que ahora nos damos cuenta de que quizás nunca hubo peligro de que eso realmente sucediera y nos asalta la inexplicable cuanto inexcusable ocurrencia de que, después de todo y dada la escasa utilidad actual de la literatura solemne, aquella posibilidad de extinción no fuera del todo una mala idea. Por eso, resultan aún más risibles las radicalizaciones caricaturescas que hacia una izquierda inexistente han realizado algunos escritores, artistas y diletantes locales, en Guatemala, convirtiéndose en comisarios del pueblo y en estetas estalinistas en plena globalización.

3. A estas alturas, creo que sería bueno preguntarse qué clase de escritor y qué tipo de literatura nos quedan a los adictos a ese ejercicio obsoleto de empalabrar la realidad. A mí me parece que el entertainment value o valor de entretención que actualmente tiene que tener cualquier producto estético para que pueda acceder al mercado, lejos de ser motivo de rechazo debería de ser ocasión de reto para los escritores que todavía creemos que es posible -no transformar la realidad por medio de la literatura, pero sí- transformar la manera de percibir la realidad en la conciencia de los lectores. Y pienso que lo mismo ocurre con los géneros de éxito masivo como el melodrama en todas sus formas (canciones, telenovelas, etc.) y con el periodismo. El reto consiste en cómo usar esos dispositivos de éxito masivo. Precisamente, El esplendor de la pirámide fue un intento por probar que se podía hacer una novela experimental que sin embargo la leyera de un tirón un lector o lectora adictos a las historias de Corín Tellado. Que lo haya logrado o no, eso es otro problema. Hablo de la intencionalidad estética como camino de indagación de formas alternativas para plantear el arte literario, saliéndonos de la solemnidad de los realismos y de las vanguardias. Así, en Señores bajo los árboles quise hacer que las voces articularan una historia y no meter las voces en una anécdota previamente ideada por mí. En Los que se dieron por la libre la mezcla de géneros es más intensa aunque tal vez menos notoria, y allí tienen ustedes una ensalada de testimonio, novela de folletín, crónica, reportaje autobiografía y noticia. Esta indagación más allá de los géneros a los que nos acostumbró la literatura canónica y solemne, articuladora de identidades e imaginarios nacionales cuando no existía la televisión ni el video-clip, pretende acomodar la literatura a los gustos posmodernos de las masas. Ya sé que la literatura ha sido siempre una producción y un consumo de minorías y que el inútil intento de convertirla en un fenómeno masivo nos dejó amargos saldos, como el realismo socialista (que, como bien decía Cardoza y Aragón, ni era realismo ni mucho menos era socialista), y ya sé que la hibridación de géneros tiene antecedentes venerables como el de Norman Mailer, John Reed o Carlos Castañeda (de reciente cuanto lamentable desaparición). Pues bien, tomando en cuenta lo anterior, puede decirse que en esta época en que las minorías también están masificadas, si queremos que la literatura siga siendo (siquiera) un ejercicio de minorías, es necesario insertarla, por paradójico que pueda parecer, en los modos de

producción y consumo audiovisuales y ubicarla en el centro del gusto de las masas. Todo con el objetivo de que acceda al mercado, ya que lo que actualmente está fuera del mercado, está fuera de la realidad, es marginal y, por tanto, inefectivo. Una actividad fuera del mercado ya no entra ni siquiera en la categoría outsider de los años sesenta, sino en la categoría de la simple y llana nulidad comunicacional, en vista de que todos los circuitos de comunicación obedecen ya a las redes y lógicas del advertisement y el marketing.

Quisiera volver sobre la idea de que en esta época hasta las minorías están masificadas. Cuando alguien dice que su escritor favorito es Borges, uno ya ni siquiera piensa en la cursilería que implica hablar de escritores favoritos, sino en la sentida lamentación de Cioran cuando dijo que la peor desgracia para un escritor como Borges era precisamente su vulgarización o popularización. En su momento, eso ocurrió con Carpentier y García Márquez. El primero tuvo la fortuna de regresar a los círculos de iniciados. El otro no. Por algo será. Ojo, que estamos hablando de hacer sobrevivir la literatura como propuesta estética y no de ser escritores para masas o para minorías marginales. Ocurre lo mismo que con Borges cuando se lee, y se proclama que se lee, a señoras con abuelitas que volaban o tías cuyos hijos lloraban en su vientre y seducían a los galanes de la época con sus platillos, y que tenían parientes que ganaban batallas imaginarias y preñaban mozas de finca, iniciando así ciudadanías enteras. Lo mismo ocurre con todo el menú de actos de prestidigitación macondizada de lo que ciertas mentalidades euronorteamericanas quieren infructuosamente que sea la América Latina. ¿Quién dijo que las pretendidas élites no estaban masificadas? Cioran tuvo razón respecto de la tragedia de Borges. Tragedia a la que se dirige peligrosamente Monterroso también; y uno piensa: ¿no será que la popularización de una literatura aparentemente elitaria nos puede hacer concluir en que lo elitario de esa literatura es del todo aparente y que está más cerca del simulacro que tanto gusta a las masas, que de la originalidad sesuda que tanto atrae a las élites? Borges ya no puede contestar a la pregunta. Quizás valga la pena en este sentido iniciar una especie de masonería de la literatura para preservar sus logros e incrementarlos con el fin de convertirlos en herencia para la posteridad pos-posmoderna, tratando de que esos logros se mantengan, en lo posible, incontaminados de popularidad y masificación adocenadas, mercantilizadas y publicitadas.

Se trata entonces de ubicarse en la masificación para introducir en ella mensajes individuales de conciencia crítica, y no de masificar el propio mensaje; o bien, de cerrarse en una elite clandestina que practique la literatura en secreto esperando mejores tiempos de la humanidad. En ambos casos, la búsqueda de caminos alternativos a la solemnidad literaria decimonona y vanguardista es necesaria si se quiere ser un simple individuo de principios y de avanzada: es decir, de principios de siglo y avanzada edad.

Quiero terminar estas líneas hablando de la literatura y las izquierdas en vista de que los escritores más solemnes han estado ligados con ellas y los más antisolemnes han roto con ellas a menudo estrambótica y ruidosamente. La nueva literatura, ya dijimos, tiene géneros canónicos (incluidos los "ismos" vanguardistas). La nueva izquierda requiere conformar un sujeto político que sea interclasista e interétnico. ¿Cómo hacer semejante lindura? Bueno, pues aglutinando a las izquierdas, los centros y las derechas que todavía ven en el Estado un ente regulador de lo político y social (y que el fundamentalismo neoliberal encajona en una sola categoría bajo la etiqueta de socialistas). Ese sujeto múltiple, contrapuesto al neoliberalismo esencialista que equipara libertad humana con lucro empresarial inescrupuloso y que ha hecho de la cultura y la literatura una mercancía que se publica y se deglute como las hamburguesas y las cocacolas, sin más criterios que los creados por el advertisement, puede constituir un capital político interclasista e interétnico que una izquierda posmodema podría aglutinar. En este proyecto, ¿cómo incluir -en el caso de Guatemala- a la izquierda oficial después de su alianza estratégica con la derecha?, ¿cómo incluir a los mayas neoliberales (doblemente fundamentalistas)? Aparte de estas excepciones, todos somos buenos candidatos para engrosar las filas del sujeto popular interclasista e interétnico que podría poner en práctica un proyecto nacional-popular de país que contribuya a tomar decisiones ecuánimes para el nuevo milenio. Falta, claro, la organización política que realice la tarea. Y aquí, de nuevo, la literatura centroamericana se adelanta a las prácticas de los políticos vernáculos, quienes quizá podrían extraer de ella los criterios para organizar y capitalizar el potencial del sujeto interclasista e interétnico que espera su programa político y su organización, pero que ya disfruta de las narraciones testimoniales posrevolucionarias en las que las polaridades izquierda-derecha quedan pulverizadas junto a todos los binarismos, esencialismos y fundamentalismos. La literatura centroamericana sale así de la izquierda dogmática y oficializada, y entra en el vasto espacio (no de la derecha, sino) de la izquierda renovada y en formación. Por lo visto, pues, en Centroamérica estamos de nuevo en el filo. De nuevo caminamos hacia el futuro, dejando atrás toda suerte de vanguardismos (políticos y estéticos), y caminamos al encuentro de una humanidad menos dogmatizada y más conciente aún en medio de la globalización, aunque por el momento esto sólo ocurra en la literatura.

(*) Ponencia presentada en LASA98, Chicago, septiembre 23-25, 1998

(**) Escritor, periodista y profesor universitario guatemalteco. Ha publicado poesía, novela y ensayo